

GEOGRAFIA SENTIMENTAL.

De nuestra historia personal - la que más nos importa, después de todo- solemos recordar aquéllos momentos en que los hechos y experiencias vividos tenían una especial intensidad.

Estos recuerdos, que han quedado grabados con mayor relieve en el archivo de la memoria, están con frecuencia asociados a algo físico, cuya vista o percepción dispara el mecanismo que nos los reproduce.

Hay, pues, para cada persona, cuando es un lugar o un rincón los que suscitan el recuerdo, una especie de geografía sentimental : aquel recodo discreto del parque en el que, apresurados y nerviosos, robamos el primer beso a la novia adolescente; el escondido callejón donde aguardamos inutilmente a alguien que nunca llegó; la humilde capilla en la que, arrodillados ante un viejo crucifijo apenas iluminado por una lamparilla de aceite, derramamos las amargas lágrimas de un desengaño o las provocadas por el dolor de una herida... Lugares que nos rememoran instantes felices o tristes en los que vivir fué algo emocionante y delicioso o, contrariamente, episodios que deseamos olvidar.

Quizá como una especie de autodefensa, ocurre que tenemos tendencia a que todo lo desagradable que nos acontece se borre de nuestra memoria y perviva, en cambio, cuanto contribuyó a nuestra felicidad, por muy fugaz que fuera. Así, en nuestra mente, están siempre frescos y nítidos los recuerdos de sucesos felices, pese a su lejanía temporal; puede afirmarse, incluso, por extraña paradoja del ser humano, que cuanto mas avanzamos en edad mas volvemos la vista hacia ese que fuimos cuando la existencia en que ahora estamos, ( y que no nos agrada), se nos aparecía como un proyecto sugerente y atractivo.

Sin duda por esta contradicción, en los momentos de desánimo, en esas tan numerosas ocasiones en que so-

mos heridos y quisiéramos apartarnos o huir de un mundo que se nos muestra agresivo, cruel o estúpido, volvemos hacia esos sitios escondidos de nuestra íntima geografía. Y al pasear por el desierto parque, por la apartada callejuela o al inclinarnos de nuevo ante aquel crucifijo en penumbras de la deteriorada capilla, no podemos evitar la melancolía, una dulce tristeza, unas acongojadas lágrimas que afloran furtivas en nuestros ojos cansados y tristes... ¿ Donde está aquél que fuimos, - lleno de ilusiones, plétórico de vitalidad, cargado de bondad y amor ? ¿ A dónde fué aquél que pensaba con joven locura, como D. Quijote, luchar por mundo mejor, y componer la más bella sinfonía, y escribir el más maravilloso libro, y pintar el cuadro más hermoso ?...

La limpia y transparente agua de la fuenteci-lla del parque, al acercarnos, nos ofrece en el tembloroso espejo de sus aguas, la imagen arrugada, dura y - cansada de un ser desconocido, prototipo de lo vulgar. Y nuestras manos, de forma instintiva, agitan violentamente la líquida superficie para romper aquel rostro, resultado de tantas cobardías y de tantos ensueños é ilusiones frustrados...